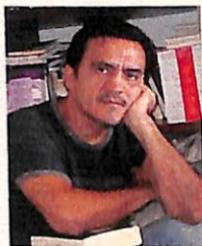


Bordes trashumantes

Jeremías Marquines



Juegos Trigales del Valle del Yaqui
Bartolomé Delgado de León 2007



Jeremías Marquines

Villahermosa, Tabasco, 1968.

Hizo estudios de filosofía y letras hispanoamericanas. Radica en Acapulco, Guerrero donde ejerce el periodismo. Entre los premios más importantes que ha recibido se encuentran Premio Internacional de Poesía Jaime Sabines (1998), Premio Nacional de Poesía, Efraín Huerta, Tampico, Tam. (1996), Premio Clemencia Isaura 2003, Mazatlán, Sinaloa y Juegos Florales Nacionales de San Román, Campeche (1994). Ha publicado, entre otros títulos, los poemarios *El ojo es una alcándara de luz en los espejos* (Fondo Editorial Tierra Adentro, 1996), *De más antes miraba los todos muertos* (Gobierno del Estado de Chiapas, 1999), *Duros pensamientos zarpan al anochecer en barcos de hierro* (Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, 2002) y *Varias especies de animales extraños cubiertos de piel jugando juntos en una cueva con un pico mientras Richard Dadd observa desde un calabozo de Behtlan*. (Gobierno del Estado de Tabasco, 2008); los ensayos *Los frutos de la voz* (Fondo Editorial Tierra Adentro, 1997) y *La palabra infinita*, (Fondo Editorial Tierra Adentro, 2001). Su obra aparece en varias antologías, entre ellas se encuentran *La luz que va dando nombre: Veinte años de la poesía última en México 1965-1985* (Secretaría de Cultura del Estado de Puebla, 2007) y *25 años del Premio Nacional de Literatura Efraín Huerta* (Gobierno Municipal de Tampico-Edit. Porrúa. 2007).

THE HISTORY OF THE

1780



BORDES TRASHUMANTES

Poesía



Instituto Sonorense de Cultura

Bordes trashumantes
Jeremías Marquines
Juegos Trigales del Valle del Yaqui
Bartolomé Delgado de León 2007
Poesía
Primera edición 2008

ISBN 978-607-7598-05-3

Gobierno del Estado de Sonora

Ing. Eduardo Bours Castelo
Gobernador Constitucional

Mtro. Víctor Mario Gamiño Casillas
Secretario de Educación y Cultura

Dr. Fernando Tapia Grijalva
Director General del Instituto Sonorense de Cultura

Lic. Iván Figueroa Acuña
Coordinador de Publicaciones del ISC

Edición: Lic. Gabriela Soto Soto
Texto de contraportada: Juan Carlos Bautista
Ilustración de portada: Edén García, tinta sobre papel, *Preguntas si ya comió el gato*, 2008
Fotografía de solapa: Zoé Marquines
Diseño gráfico: Lic. Aarón Lima

D.R. Instituto Sonorense de Cultura
Ave. Obregón No. 58 Col. Centro
C.P. 83000
Hermosillo, Sonora, México

BORDES TRASHUMANTES

Poesía

Jeremías Marquines

Juegos Trigales del Valle del Yaqui
Bartolomé Delgado de León 2007

He aquí que me echas hoy de la tierra, y de tu
presencia me esconderé, seré errante y
extranjero en la tierra; y sucederá que
cualquiera que me hallare, me matará.

*Génesis 4.14; Antigua versión de Casiodoro de Reina y
Cipriano de Valera*

Merodearon, arriscando las puntas de los
pies según se ha visto hacerlo a ciertos
merodeadores sobre barras de hielo, sobre
polverines más tarde, para curarse de esa
frialdad de cuño circense.

*Jesús Gardea.
Los viernes de Lautaro.*

I

*Mi madre,
volante pétalo de Dios.*

Quizá regreses, quizá no vuelvas nunca.
Preguntas con tus ojos si afuera está
lloviendo porque te falta el aire.

Tus ojos igual a dos charcos pequeñitos
donde espero junto a migrantes afligidos
la incandescencia del alba.

Preguntas si ya comió el gato que
sueña tiburones abajo de la mesa.

Sospechas del viento que conversa con bestias
milenarias en los derruidos andenes de tu pecho.
Te incomoda el silencio de la respiración
que envía señales erráticas a tus labios.

Preguntas si ya comió el gato.

Afuera el día se quita su escafandra.
Avanza por un sendero de magnolias igual a una
muchacha desnuda que entrega besos azules a las aves.
No olvido que estás en esa balsa de sabanas blancas
que difícilmente haces flotar con tus manos.

No olvido que tu cuerpo es un pétalo volando.

Tu cuerpo, que un día fue ciruelo bautizado
contra el viento en el agua feliz de Dios.

No olvido tus manos en la pequeña estufa
donde dejaron de brillar tus ojos, igual que
una playa sola.

Tus manos como una pared desnuda que
me han sacado al mundo en una pérgola
de hojas de plátano junto a un río que pide
a Las Gaviotas una lápida decente.

Preguntas si ya comió el gato.

Ves a tu hijo arreglándose para irse
a tomar una fotografía.
Afuera deben estar los otros.
Sé que ansían venir pero no pueden.

Pienso que aún podemos salir a buscar
reliquias paganas y comer fruta a los
pies de un ídolo desnudo.

Como siempre, tu irás al frente de la expedición y
me enseñarás los nombres secretos de las plantas.

Pero no se puede orar entre cortinas verdes,
y ya no quiero comenzar todo de nuevo.

Preguntas si ya comió el gato.

Afuera los niños deben estar saliendo de

la escuela. El grito de los vendedores de paletas, la risa sobre la hierba. Los coches mirándose enojados.

En días como hoy extraño el olor del río.

Me siento en esta silla a escuchar tu corazón.

A ver pasar un viejo tranvía por tus venas.

A ver en la vida el centelleo de una ola y preguntar de nuevo si ya comió el gato.

II

A Cuauhtémoc Marquines;
andante luz de las orillas.

Madre, en Altar me pusieron ojos de *coyote*
atados con cáñamo nuevo.
Centellean como un arroyo pedregoso en medio
de platanares que nadie sabe cuándo han muerto.

Debo responder que no sé, mis ojos de *coyote*
no hablan en voz alta; se bambolean tranquilos
en una palangana donde algún día
cantaron las ranas en tiempo de seca.

Sólo ven las blancas mesas de la tarde.
El paso de las *trocas* como una página ciega,
el ir y venir de migraciones despeinadas
que se esfuman al cruzar un río.

En Altar, el amor, no es tan resistente.

Hay días que se abrazan
a los árboles de la plaza
como niños pequeños.

Hay días que nos separan un poco
y no sabemos a dónde nos llevan.

Hay días que se hospedan para siempre
en habitaciones mixtas de tres dólares.

En Altar, madre, nos detuvimos un poco
y tengo que regresar a despedirme.

Los días nos separan como a cualquier
otro que aquí, no tiene nada.

III

Nos detuvimos un poco en *Altar de los coyotes*.
Así dejamos libres las *trocas* al amanecer.

El puño del sol se bambolea pesadamente.
Muy contentos le sonreímos a los arbustos,
a las piedras que también buscan ser felices.

El sol es risueño porque tiene trabajo.

Yo soy carpintero y construyo casas
con mis manos de madera sin pintar,
con mis manos con aliento de ron.

Pero aquí no hay nada para mi, sólo el
hambre como un Dios a la intemperie.

El tole-tole que nos mantiene vivos
llevándonos donde las reses fantasmales
del ardiente son sacrificadas.

El sol es risueño porque tiene trabajo.
Yo soy carpintero y construyo casas.

A veces también mordisqueo helechos que
crecen en las cercanías tu sexo donde dejo
la herida de mis besos, mi avidez
de ave renegada.

El agua de tu sexo me mantiene vivo.

Arriba el sol puede ser una canoa de
cedros balbuceantes,
un hacha de sílabas
que enseña sus retoños,
un asterisco que muere borracho;
pero aquí no hay nada para mi.
Soy carpintero y construyo casas.

IV

En Palomas mi sueño descansa bajo
tres árboles mientras llega un *coyote*.

Una estatua de Pancho Villa galopa
a toda velocidad con una pistola
apuntando hacia el norte.

El viento aquí es un aburrido ronroneo
del infierno puesto a mitad de un río.

Del otro lado un anciano hipnótico me
mira y pienso en recuperar mi identidad.

Fumo Delicados y con un sorbo de tequila
me atrevo a balbucear la tonada
de una *rola* que traigo del terreno.

Hay iguanas rondando en mi cabeza.
Cierro los ojos y pregunto si el diablo
ya se fue. Hay suficiente arena
en el ardiente para tentar a Dios.

Pienso seriamente en recuperar mi identidad.

Sé que nos hundimos, pero ha de ser
el ruido del tren que nos deja solos.

El rumor de *las pequeñas sastrerías* que
abren sus puertas para zurcir corazones

a las dos de la mañana.

Se que nos hundimos pero ha de ser
el viento. Mi corazón que conversa
con coyotes de frentes despeinadas.
Las tetas de mi mujer, han de ser,
punzándome la espalda.
Sus piernas que son mi arrepentimiento.

Sé que nos hundimos. Porque extraño la
sensación de estar rodeado por tu sexo.
Tus ojos que se van.

En Palomas, sé que vendrá un coyote
volando sobre una corona de espinas.

V

Entonces parecía el viento como que
alguien pulsara una guitarra, y ya
nadie pudo detener las

soledades. Por la calle principal se fueron,
lo mismo que todas las demás cosas.

Resentidos con la autoridad, el *rum rum*
de la tarde sonaba descompuesto.

Soñar se valía, no más mucho
para no disparejar la compostura de las cruces.

El mundo no valía aquí más que el del otro.
Aspiraciones hartas, sólo la luz
por ser cosa de todos.

¿De qué otra forma pueden estar los muertos?

Mejor era cerrar los establecimientos,
desmantelar los ruidos de la casa, las
desobediencias,

las visiones. Empacar las mañanas de amor de
agosto, el sudor de las sábanas; el ronroneo
de tu sexo, injurioso hasta la melancolía.

Mejor expulsar los barroquismos,

los churriguerescos de la piel que
alimentaron oficios de increíble lejanía.

Borrar las huellas por la falta de triunfos,
desfigurar las resistencias –esterilidad de lo
furibundo– como la hacen ver.

Alabanza de los espacios vivos,
mejor que discernir hemisférico paréntesis
de macho rencor.

Enzarparse en los esquemas, en los trazos
cotidianos que nadie desconoce, y volver
a la mesa incurriendo en la falta de laureles,
seguro de proveer lo necesario. Mejor.
Idear hay que, minialismos
conducentes a socavar la densidad del
paisaje con objetos baratísimos de oriente.

Candidez de mozos amanuenses que
suelen otorgarse a tales iniciativas.
Desolación galáctica hay en neoliberales
oficios.

¿De qué otra forma pueden estar los muertos?

Menester desvalijar estampas subversivas con
indiferentismo de actuario, dejar sin cobertura
hasta los nombres propios, configurar las aguas
viscerales de los mundos íntimos, que alimentan
con espírituoso egoísmo la médula de los aconteceres.

¿De qué otra forma pueden estar los muertos?
si el viento parece que pulsa una guitarra,
viniendo en demasiado fuerte.

VI

Todo era y no lo suficiente.

El viento como un animal que se alimenta.

Las nubes rotas por visiones solitarias.

La huella de mis manos en tus nalgas
protegidas por libélulas de plata.

Tus senos donde saltan carpas blancas.

Todo era y no lo suficiente.

Aferrarse a los chorros de agua
muertos por las balas de lo amargo.

Herirse con la clara arena donde
la espuma intacta sus secretos.

Hundirse en el aliento que aguarda
en las puertas de las casas, junto a
iguanas ociosas que castigan los regresos.

Todo era y no lo suficiente.

Tus manos buscando vestirse de jazmines.

Tus ojos donde el Señor tiende la luz que es Él.

La habitación donde tus piernas reconstruyen la
ardiente pared del Sur como la resurrección de Dios.

El viaje gangrenoso a las fronteras que nos
lleva a donde todo es, y no lo suficiente.

VII

Lo mejor del camino eran tus ojos de llegadas tarde.

A falta de horizonte debía confiar mi fulguración cordial
a la frialdad de alevoso flora.

Caracoleaba mi armazón con miedo de volantinero.

Cuando yo vuelva –te decía– mis manos inactivas tocarán
la zampona que guardas de nueve voces.

Los corderos que suspiran en los patios breves tu sexo.

Cuando yo vuelva –te decía– haré con tus senos múltiples
prodigios mecánicos para adornar el toldo del crepúsculo.

Cuando yo llegue, mis pies que nacieron debajo de las piedras,
ruidos de insectos ensayarán sobre las hojas.

Cuando yo llegue, serás esa distancia que se queda corta.
Siempre para atrás,
para atrás, como la flor que vuela.

Fiero desierto:
deja intacto mis rebaños lánguidos,
mis matorrales que viento
y sombra buscan, mi corazón
que silba en alguna orilla, avaro
de tumultuosa niebla.

Creceré sin pausa,
gemelo de mí,
sin dones qué agradecer
salvo la pobreza de las flores.

Fiero desierto:
no te llesves los cisnes de su sexo,
sus cabellos donde aprendí a honrar
la noche; la mitad de su nombre.
Sé indolente:
déjame amar, si quieres,
de sus discordias,
sus aguas quietas.

IX

Acontecer de aquellos polvos
por fugarse serán reconocidos.
Como una ociosa laguna
rostros hay, imprescindibles,
que valen más de un dólar.

Fundamento derrotista hay en los
pies que huyen, pero defectos
peores tiene el hambre.

Yeso de aprendices, el oro
súbito de las ciudades frías.

Para nadie es fácil, para nada.

Siempre hay cosas que nos
rompen el alma a la salida:
los suelos herederos, la calle
que ven los mismos árboles.

Nuestra insistencia, nuestra prisa
loca capaz de migraciones planetarias.

Nuestro jodido deseo de felicidad
que descansa en el arte de resistir
el dolor, el vejamen, la maldad que
se arrastra por las excoriaciones del
sueño moviendo pañuelitos interiores.

Para nadie es fácil para nada,
quedarnos donde estamos.
Disimular el odio, la quemadura.

Nuestra pinche capacidad de ilusión
que enciende con el roce de las piedras.

Las aguas voladoras de la fe que
paralizan d'este lado. Si tus hijas
se llaman Zyanya, Zoé, Citlali.
Para nadie es fácil, para nada,
dejarlas al cuidado de las falanges
electrizadas de Dios -como el
apiñamiento de la flora-
en cuya microscópica vibración
poco se puede confiar.

Para nadie es fácil, para nada.
Correr, fugarse, no quedarnos.
Para nadie es fácil, para nada.

X

Apaciguar las ansias de existencia,
debimos. Las confabuladas tripas.
Las mañanas de abril y su eficaz
ornamento de nostalgias.
El pulso errático del progreso.

Obligación impuesta al que se marcha:
despistar el cambalache del destino.
Jalarse para el otro lado llevando roto
el monedero de la vida.

Igual a un nauta plátano, nacido a la
intemperie, flotar se debe como sábana.
Sin olvidar que pueden regresarnos, a
donde no hay mesa para poner los brazos.

Obligación impuesta: el miedo, sus
peces de párpado tronante. El pudor
ciego de los pasos envueltos en miocardio.
La espera atrás de la línea donde los gallos
riñen con revólveres baratos. Respirando.

Replegar los restos de las cruces:
mecánica afición del caminante.
Nubes que tosen sus entrañas al
comenzar la huída. Voladores
trozos de armadura cayendo a
donde una ardiente velocidad

profana mi cabeza.

Afeitar pues, los desertores días.
Derrochar no hay que, la tierra de
las uñas jugando a las fronteras
porque siempre habrá alguien que
retarde, la resurrección del Dios.

XI

Embestir la enredada nube como
baleado crucifijo hasta la muerte.

Caminos hubo y pájaros
en la pulpa de lo oscuro.

Y días que como hijos pequeños se morían
para volver a contarlos, lo mismo
que un sueño

repetido.

Época no era de milagros pero ignaros
de toda ley, por medio de ingenios
subterráneos, igual que piedritas comunes,
cruzamos los hoyos de la cerca.

Estorbo del moverse al otro lado, el viento
como un ciego hurgaba nuestros huesos
similar a un gato con sus garras.

Pero el amor
escaso era más que el progreso.

Quizá me había quedado extrañando la nocturna,
y el murmullo de tu sexo en envejecidas camas.
Quizá me había quedado cual pollo implume,

XI

Embestir la enredada nube como
baleado crucifijo hasta la muerte.

Caminos hubo y pájaros
en la pulpa de lo oscuro.

Y días que como hijos pequeños se morían
para volver a contarlos, lo mismo
que un sueño

repetido.

Época no era de milagros pero ignorar
de toda ley, por medio de ingenios
subterráneos, igual que piedritas comunes,
cruzamos los hoyos de la cerca.

Estorbo del moverse al otro lado, el viento
como un ciego hurgaba nuestros huesos
similar a un gato con sus garras.

Pero el amor
escaso era más que el progreso.

Quizá me había quedado extrañando la nocturna,
y el murmullo de tu sexo en envejecidas camas.
Quizá me había quedado cual pollo implume,

ávido de frescos campos.

Quizá mi amor no era

suficiente.

¡Cantad veraces dioses huérfanos!,
porque han caído,
sin mieses fértiles ni ganado
en los ocres del ardiente.

Buscad a tientes en la momia del paisaje,
la estancia de crujidos de sus huesos.

XII

Irnos debimos, salir de la pared del Sur
con la indiferencia de una manada de Ñus
que judíos parecen.

Adeptos únicos de circuncisos invernaderos,
somos. Otros no adivinan.

Como quien se enzarza para esperar
acústico ademán del acordeón, ansían
irse ya penantes. Allá, donde mean
las sombras piedras comunes.

Mueca de errático instante, creo que soy,
somos. Ociosidad del precipicio.
Adictos, creo, de una dolencia gótica,
me canso de rumorear albos ramajes.

Reverberancias de otros jugos, tus piernas
hembras, telar que así se mueven.

La extrañación gana_

Me asemejo pasillo asiestado revoloteando tus
tetas corticales platinizadas por la luna.

Ese es el meollo: si el solitario se aleona en su

aprensión de cornisa enloquecida:
evitar hay que, invenciones prematuras
como las tiene el viento.

xix

XIII

Torpeza de los otros contar
los agujeros de los huesos.
Mirar el mundo desde una estación de tren.
Dejar que el sol se coma la grasa de los dedos
junto a la sombra de otro.

Labor de aficionados:
Mirar los hociquitos de la noche
mordisquear pezones. Abril
pidiendo su paga de mujeres
muertas por adelantado.

Labor de aficionados:
despanzurrar los piojos de la anécdota;
pellizcar las chicharras del recuerdo: la
evocación que huele a mezquite ardiente.

Acicalar las trompas de las *trocas*,
hay que, los pulsos que del viento.

Irnos. Mejor que la sangre de otros
salpicada en los arbustos. Y no es nada,
aparte de este barranco de abril
no tengo nada.

XIV

Libelular trashumancia de cuño circense,
hacia los ojos de quienes nos odian, vamos
sobre la cabeza de un buey

feriante. Ingenuidad explicar las marchas y
contramarchas de los querubes porque éstos
regresan al Edén en autobuses disparados
por varones hediondos a pirotecnia de

claustro. Poco varían los crímenes del amor.

Abandonar debemos construcciones artilladas
para humanizar

la tierra. Muros inspirados en el Espíritu Santo.

Perfeccionar hay que, los patios soñadores
de la hierba.

El método volante de las hojas.

Pájaros hay del hambre en el ramaje del Sur.

A pesar del óxido y violenta flora, manos hábiles,
descuartizaron animales inolvidables y luminiscentes.

A pesar del amor,
no puedo enderezar viejos males.

A pesar del amor,
para nadie es fácil para nada.

XV

Telar de arácnidos indiferentísimos, afición
del que se aleja.

Menester nimbar anteojosojos de aros abatidos.

Nervadura de un ramaje, la pared del Sur
que así se mueve (mi corazón ansía irse
ya penante).

Tal vez agorero pronosticó un verano de
súbitos otoños. Acústica anticipación de
actuuario, creo.

Por tradición menciono labiolinguales sonidos
del amor manivelándose cual exudados árboles.

Por tradición, menciono naves de corsarios
caídos en desgracia. Flauteros espirituosos,
el siglo XXI. Me digo.

Institución de albos trombonistas.
La luz que arma un pájaro cobarde.

Fiel a la vida me estoy yendo.

No deja de asombrarme el vuelo rotatorio
del avión aspado que no necesita
pistas clásicas para tocar el suelo.

Artilladas invenciones que humanizan la tierra.

Vocación del que se aleja, pienso:
rayar en solitario la obscenidad de los aconteceres.

XVI

Los trenes, regalo amistoso del alma eran.

Una estirpe sonora se apresta tras los rotos
pabellones de las ciudades frías. Es abril

pero anónimos, por nadie llorados, escucho
los Tigres del Norte que mi ánimo conocen.

En tiempos favorables escondí el olvido
en el bozo de tus axilas que en el quemor
de las piedras flota.

Un púrpura rosal ahora no tengo.

Tengo en mi huerto una hiedra que hace
lucir tu recogido pelo.

Un ansia de cordero
que celebra el fuego en ir a buscar lo disipado.

Ya el soplo de la polvareda nido hace. En otra parte,
abril es un nardo opulento que vive en casa abastecida.

¡Devuélveme mis días ágiles!

Las inscripciones hechas en las copas de los naranjos.

Mi tierra inhabitable donde acampan inquietos pueblos.

Mi feliz auspicio cercano a la hoguera bélica de tu vientre
donde germina la prole feroz de los que parten.

XVII

Hermoso tren,
los que vamos a morir
honramos tu esbelta consistencia
de molusco; tu bamboleo
lascivo como un cisne bronceado.

¡Oh hermoso! que alfombras de restos
calcáreos las rutas de huestes
despeinadas, ataviadas del rumor
de panteras.

No nos asustes con tu velocidad
vertiginosa ni con el remordimiento
de tu ida que no podamos comprender.

Deslúmbranos como un no usado cuchillo.

Ayúdanos a escapar a las campiñas donde
se vive feliz sobre el lomo de nubes
que viajan despacio.

¡Oh hermoso!, no te demores
en desilusiones milimétricas
que nos hacen dudar.

No nos dejes caer tan fácilmente,
desesperados de esperanza,
en la iridiscente claridad de tus falanges,

huérfanos de asombro.

De la luz ampáranos,
y de otros como nosotros mismos,
ocúltanos.

Haznos llegar, que a donde quiera
que lleguemos;
siempre seremos castigados por
una divina necesidad de volver.

XVIII

¿Por qué demorar el viaje?

Ya nuestras redilas están listas y
nuestros pies se agitan sin pecado
ansiendo las fronteras airadas
como un raro apetito de amor.

Pero antes juremos así: váyase
la tierra toda entera con nosotros,
igual que un rebaño insensato,
a otros lares las cruces cambiar

sin tristeza. A dónde el aliento de
de la hierba nos lleve, ocultos en las
cajas de trenes fantasmales, soñaremos
las prietas chiches de una muchacha
que corta betabel al otro lado.

¿Por qué demorar el viaje?

Atrás mis campos abruptos, mis
campos de piedra arados por greyes
truculentas que beben gasolina.
¿Por qué demorar el viaje?

Si este es el único sueño que
nos mantiene iguales, ante la
diversa indiferencia de la rabia.

XIX

Ascendían hasta las estrellas
las proas de lúcidas *trocas*.

Vestido iba yo, de pie,
del soñoliento
rumor del mundo.

¿Por qué no, mientras podamos,
tendernos bajo el largo y firme
muelle de la noche?

¿Acaso alguien nos espera?

Tras esa luz amarilla dormida,
como una media naranja, hay
una vida que poco

ya nos pide.

Qué cerca he visto
las ciudades frías. Las sombrillas
despidiéndose de sombreros de paja,
los pañuelos que saludan en la estación,
riendo, riendo,

riendo. ¿Acaso hay alguien
allá donde no hay nada?

Acuérdate de mí en cualquiera
de tus viajes, y sé feliz, en las
ciudades de quienes nos odian.

XX

Rechazar debemos,

¿qué exilio de sí mismo huir permite?

si se vive bien con poco, el penoso

embarque al otro lado.

¿Qué hay de raro en imitar el

oleaje inquieto del indigente

plátano de infame estirpe?

Olvidar no hay que, el mugido

de las nubes que acamparon

afuera de tu casa cuando

embarques, morirás sin feos
llantos donde quiera que te

encuentren.

Adonde la suerte te lleve, mejor
que a tus padres, allí te seguirán
efimeros tus campos.

¿Por qué la sonrisa amarga?
si se vive bien con poco,
con rencor
pero se vive bien.

Al pie de las ciudades frías
declaro que no soy feliz.

Que temo los umbrales airados
del mar. Que he saqueado tumbas
de cipreses funerarios.

Que jamás he visto sin usura tus
senos mugidores de exprimida miel.

Que ardo en medio de tus manos
igual que un lobo obsceno.

Que me oculto del amor hacia acá
del trueno.

Al pie de las ciudades frías
como una casa hostil
quedo, inmóvil y desnudo
quedo
como una turba lapidaria.

XXII

Mecer nos dejábamos, recién llegados,
como prenda de tela, como una ventana

abierta.

Estrellas así de muchas había, como
panes recién salidos del horno, como la muerte
ajena, ni brizna impresionaban.

(Mejor fuera pagar mi vecindad al Poniente
pero también el fondo de los ojos tiene frío).

Había que desfirular el alma, si la había.

El organdí del viento puso a ladrar mi lengua,
el mosquerío de la memoria,

tiznes hizo.

Desde la calle esperamos el mundo.
Zarandeaban las piedras sin vestido.

A mediados de marzo vino a componer
los ruidos de metal de la hierba.
Su velicito traía como el de los plomeros:
vino a enderezar el horizonte,
a desatar vino los vellos púbicos del río.

Alguna vez tuvimos rubores qué comer;
manos discretas para el deseo;
vagabundos huesos como la noche.

Atrevidos fuimos como rufián ulcerado por el amor.
Como una ventana que apedrean, arena
inexperta somos en expedición guerrera.

XXIII

Pero no tenía papeles para acreditar
por ajenas lenguas mi extravío:
sedimentos de azul de la intemperie;
salvo el horizonte,

ningún lenguaje.

Libre de usura, sin negocio alguno,
entre mugidoras sílabas erraba
-como los hombres de antaño-,
recreando los murmullos del ardiente
con mis manos de madera sin pintar.

Época de marchas y contramarchas, de
costosísimas cruzadas para detectar si
mierda hubo en otros planetas. Ayudaba
poco el pensamiento a otras perplejidades,
como la insurrección acústica de las tripas.

Preferible éxodo general de las ociosas,
a la indigencia de palmeras adeptas
a garigolear las desventuras.

Preferible acabar en las arenas más antiguas;
en el estupor de los colores nunca vistos,
que en redes alguaciles de pútrido aliento.

De todos modos, infeliz soy donde quiera

que mi *troca* interrumpa su oblicuo viaje.

¡No nos demores cantilena de la noche!
A dónde la errancia nos lleve, estarán
siempre los hijos de quienes nos odian.

XXIV

¿Quién puso en mi camino
aquella orilla
a la que nunca llego?

Ese color infinito que envejece.

Sentíanse reses sobrecalentadas
en asiestados campos.

Daba gusto pensar en los bulevares
que lumbrean de aquel lado, igual que
los silencios raspados de tus manos
que se prenden a la nada.

Daba gusto pensar en el frescor
de tu lengua succionando murmullos
de nubes delatoras como si en
verdad les faltara el airecito.

Sentíanse utilidad del polvo donde
siempre volvemos a encontrarnos.

Estragos de lo que se haya en las alturas
merecían, incluso el sueño y sus furtivos
anaqueles con la misma
cantidad de destemplanza.

Ocasión habrá para mostrar lo mismo
mi refulgencia renegada. Las cordilleras
picudas de mi alma donde gruñen
panteras azufrosas. Ocasión

habrá para merecer de la tarde
sus palomas blancas.

XXVI

Sedimentos de aquel viaje:
la gloria militar del polvo.

Los días que amaneciendo
por lo abajo de las puertas.

La mirada feroz de la nunca
insuficiente ausencia.

Sin dote alguna, sin pastura fresca,
cual reses siempre en retirada.

Implumes, tristes hasta lo recóndito
cruzamos las fronteras igual que
silabas diezmadas.

Adictos siempre a la abundancia, a la
espera siempre de una misma noche.

XXVII

Cual taurina *troca* que a la próspera
fortuna, cadáveres al norte empuja,

victoriosos.

Salvo el pavor a la muerte,
en el corazón no hay nada.

Éxito militar y ansiado ornato no
buscan esas marchas; evasión general de
los designios sí, apuntalamientos de la
indómita mar turba de las tripas,

quizá. Nosotros, sea o no festivo el día,
cantaremos,
fumaremos *Delicados* frente al imperio cubil,
con ímpetu bárbaro de ajena flora.

Salvo el pavor a la muerte,
en el corazón no hay nada.

Cruelles iniciativas que sin más trámite
se abandonan, aprenden las
cáscaras manos, que olor a
plátano, a guajes, a coco, tienen.

Demasiado lejos estoy para ambicionar

la uña roja de mi mujer
sacándola de su boca.

El agua turbia de los programas
matutinos de la radio, la casa ajena.

Faenas musicadas en un rincón de tintas
chinas -habrá- cuando yo vuelva,
cuando volvamos.

XXVIII

¿Acaso alguien nos espera
tras esa eternidad a la que
no podemos llamar cielo?

Si me dejaran desear,
si me dejaran pedirle
algo a la vida,
pediría tus ojos que
miraba de chico.

La calle de mi casa que
ven los mismos árboles,
el pato de hule que los
ladrones desdeñaron.

XXIX

Para Álvaro Solís.

Allá, donde huestes despeinadas
están en éxtasis frente a la
espina de un limonero.

Ansío su aventura
en otro nombre.

XXX

Obligación impuesta: zigzaguear

la tempestad
del limonero.

Yo me recargo en tus senos
pero ya no son

tan nubes.

La causa: mi amor de estrecha falda.

Mejor curarse de esa frialdad de cuño
circense que encandila cuarzos.

Los otros no adivinan

mi oficio de luciérnaga macho
lujosamente astral.

No adivinan,
bajo el rocío de espacios muertos,
mis paisajes pintados con violeta de genciana.

La cruda cenital de las palabras.

Las simetrías de torpe y fatigosa conquista,
elevadas para alejarnos y el chirriar de limas

pensando en reinos fríos.

Mejor aquí: encrespados como lo haría la ceniza,
en montes de hormigón adolescente;
emboscando palomas en tu ombligo.

XXXI

Allá, en esa diagonal donde
sólo hay piletas vacías,
y huestes despeinadas
orinando puertas.

XXXII

Vengo del Sur,
donde todo es y no lo suficiente.
Vengo del Sur,
donde para nadie es fácil, para nada.

Vengo del Sur,
donde el diablo se pregunta:
¿quién soy, qué día es hoy,
qué pasa?

XXXIII

Y fueron enterrados en la orilla de la arena, en las olas del mar.
Y cayeron la piel y la punta de sus huesos aquí en la tierra.
Y sus pasos perdedores,
y su cabeza abofeteada
vino a golpearse en los árboles;
vino a escupirnos porque los nombres
del que camina no lo sabíamos.

Lloren ahora que pueden dioses huérfanos.
Lloren al firmamento los caballos robados a la intemperie.
Lloren a flechazos el desamparo de los huesos, perfumen.
Lloren como una delgada flor de cacao el polvo de mis pies,
la piedra que nace al dentro de mi propia oscuridad
donde mi voz antes de nacer decía:
"no hay nadie, nadie hay aquí adentro".

Yo soy la hendidura de la piedra.
Soy su sonido.
Soy los pasos criados en el Sur que salen a pudrirse.
Soy el muslo de la tierra y la tortuga chamuscada
que viene del infierno.
Soy el verbo que sólo por sí mismo habla.
Y soy, una gota desprendida de la tempestad
que cae hasta el resplandor de abajo.

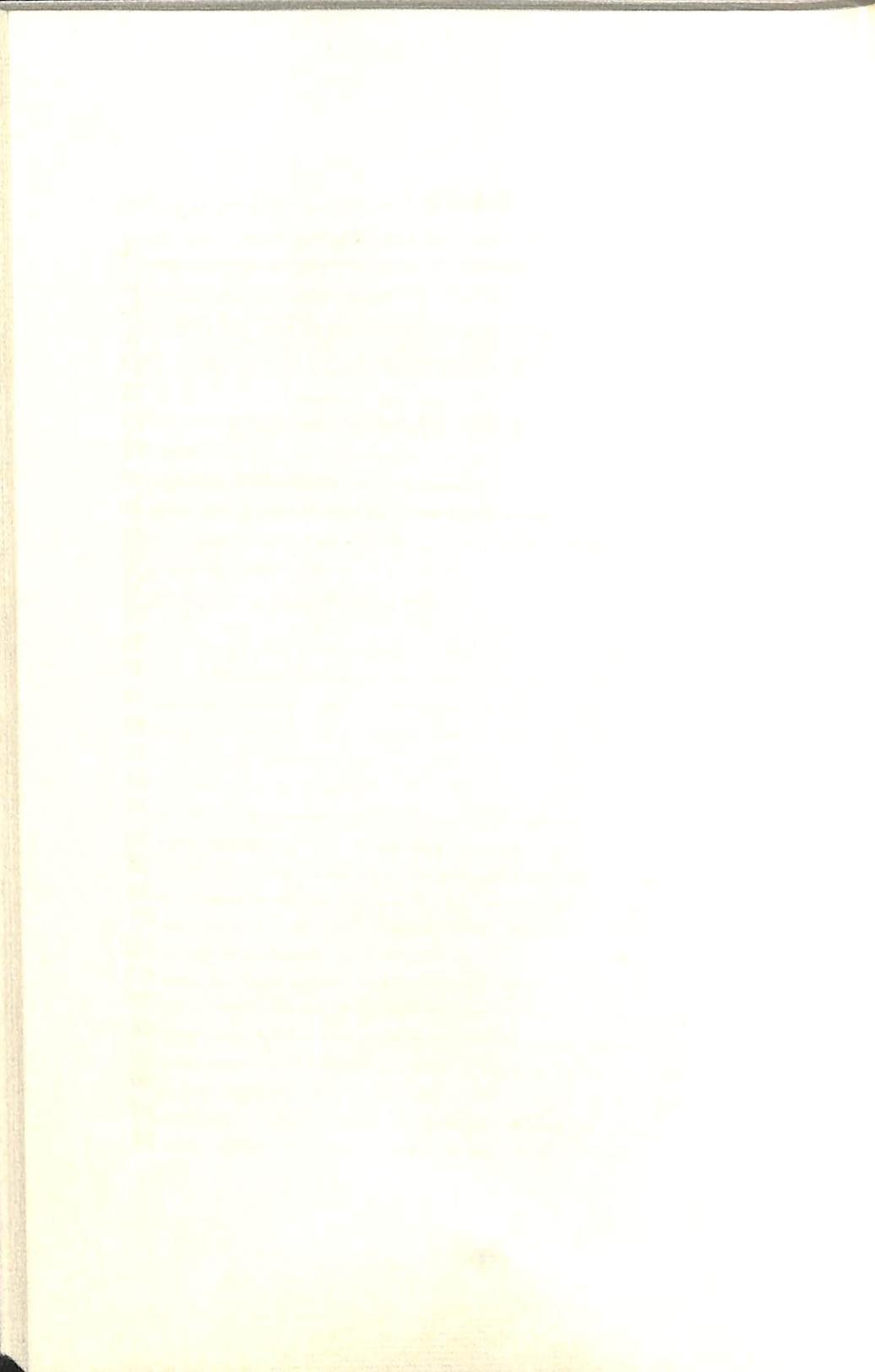
¿Soy alguien yo?
¿Soy acaso este niño que llora
en medio de la tierra?

¿Soy mis pies que caminan sin aliento
igual que almas que gritan el grito de los
muertos, solitarios en el día que es primero?
¿Soy mis manos que gritan: no hay nadie
mientras sujetan la altura de los ángeles?.
¿Soy como la voz que se apaga a mi regreso?

Creo que soy la cera blanca que ennegrece
los ojos,
el palo de las horcas,
la repentina muerte de las hormigas, soy
las viudas que esperan con un fusil cargado el
regreso de Dios, soy
todo lo que es, y no lo suficiente.

ÍNDICE

I	9
II	12
III	14
IV	16
V	18
VI	21
VII	22
VIII	23
IX	24
X	26
XI	28
XII	30
XIII	32
XIV	33
XV	35
XVI	37
XVII	38
XVIII	40
XIX	41
XX	43
XXI	45
XXII	46
XXIII	48
XXIV	50
XXV	51
XXVI	52
XXVII	53
XXVIII	55
XXIX	56
XXX	57
XXXI	59
XXXII	60
XXXIII	61



Impreso en FLEXOMEX
Simón Bley No. 35 Col. Olivares
Hermosillo, Sonora, México
Tel: (662) 218 80 75
e-mail: flexomex@hmo.megared.net.mx
Tiraje: 1000 ejemplares
Diciembre de 2008

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY
540 EAST 57TH STREET
CHICAGO, ILL. 60637
TEL. 773-936-3200

**Juegos Trigales del Valle del Yaqui
Bartolomé Delgado de León 2007**

Bordes trashumantes es un libro en el límite de muchas fronteras. Entre la carne y la memoria, en el cruce del dolor y la fuga, de ida y de regreso de una identidad imposible pero necesaria, Jeremías Marquines ha logrado un poema largo de una intensidad casi religiosa. O plenamente religiosa, de profeta perdido en el desierto fronterizo, de hombre que se aferra a su voz masculada y seca. Lo rodea el sexo, lo rodea el arrepentimiento, la arena, lo rodea el horizonte rulfiano, como un infierno del que han venido desde siempre (dije desde siempre) nuestros mejores poetas. Bajo el peso de un sol alucinatorio, Jeremías Marquines recuerda. Recordar con lucidez es, en la voz de un poeta, recordar para todos, para la memoria común.

Preguntas? Si ya. Comio el gato.



9 786077 598053

Sonora
Vamos por Soluciones



Secretaría
de Educación
y Cultura

**Instituto
Sonorense
de Cultura**